

confianza fue cambiada en un horrible temblor, y su esperanza en el justo temor de no resultar cosa buena, cuando algunos dias despues de su prision vino el alcaide y la dijo: «Señora, soi de opinion que en adelante no penseis mas que en vuestra conciencia, pues creo será el último dia de vuestra vida.» Consideremos cuál seria el dolor que debia atacar el corazon de esta pobre muger, y con qué admiracion no oiría una noticia tan funesta; pero sus lágrimas y sus suspiros demostraron suficientemente el tormento que causó á su corazon esta advertencia. «¡Ah! decia, ¿es posible que mis hermanos se olviden hasta este extremo, de que por una accion en que nada pierden, hacen

morir cruelmente á una hermana inocente, y manchan su memoria con la sangre de una persona que en nada les ha ofendido? ¿Es posible que contra todo derecho y equidad, contra las leyes de Dios y de los hombres, he de ser yo ajusticiada como un facineroso, solo por haberme casado, sin que el magistrado haya hecho informacion de mi vida y conocido la injusticia de esta causa? ¡Oh Dios mio! ¡Padre justo y humano! ved la malicia y furor criminal de mis hermanos, y la tiránica crueldad de los que persiguen mi vida con tan sanguinario afan!!! ¿Es pecado casarse? ¿Será un crimen tomar la prudente resolucion de huir del peligro de pecar, evitando con el matrimonio el pe-



cado del escándalo y de la carnalidad? ¿Qué leyes son estas que persiguen el pudor conyugal con la misma severidad que se trata á los ladrones, á los adúlteros y á los asesinos? ¿Dónde está la religion de estos hermanos para cometer un crimen tan imperdonable ante el tribunal de Dios? ¡Cómo! ¿dejará de ser un peso enorme en su conciencia, que les perseguirá hasta el sepulcro, el atentado de derramar la sangre que deben defender, y saltar los caminos abusando de la fuerza armada para estas trope-lías, en vez de emplearla en coger y castigar asesinos y ladrones? ¡Dios eterno, Señor justo y benéfico! conozco que solo he cometido la falta para con vos de no ca-

sarme en vuestra presencia; mas bien sabeis que soi esposa legítima de un hombre virtuoso y honrado, que me ama tanto como yo le amo. Tened, Señor, compasion de mí, y perdonadme mis faltas, aceptando esta confesion y arrepentimiento de esta humilde sierva vuestra, para satisfaccion de ofensas, las que os pido laveis en la preciosa sangre de vuestro Hijo, para que purificada, pueda yo presentarme en vuestro santo banquete en la gloria celestial.» — Luego que acabó de hacer esta fervorosa súplica al Criador, entraron tres ejecutores de aquellos asesinos que la prendieron cerca de Forli, y la dijeron bruscamente y sin piedad: «Vamos, vamos, Señora, basta de



plegarias; pues llegó ya la hora de que vuestra alma vaya á ver á Dios.» — Pues alabado sea su nombre (dijo la Duquesa mui resignada, en medio del natural horror y conmocion que la causó esta cruel é inhumana intimacion), sea cual fuere el bien ó el mal que su divina justicia se digne enviarme; pero os suplico, señores, que tengais compasion de estas inocentes criaturas, pedazos de mi corazon, sin hacerlos sentir el encono que injustamente se tiene contra su desgraciado padre. — Bueno, bueno, la contestan groseramente: nosotros los pondremos donde no carezcan de nada. — Tambien os recomiendo, les dice, á esta pobre joven, teniendo presente á la

desventurada Duquesa de Malfi. — Asi que pronunció estas palabras, la pusieron una cuerda al cuello aquellos mónstruos, y la ahogaron: la doncella viendo tan trágica escena, y precipitada por su señora, se puso á gritar con toda su fuerza y á maldecir la crueldad de aquellos verdugos; y llamando á Dios por testigo é implorando su piedad, le pedia desnudase la espada de su justicia sobre aquellos asesinos, que sin causa y sin autoridad quitaban la vida tan inhumanamente á unos inocentes. — Tambien será justo, la dijo uno de aquellos bárbaros, que tú participes de la inocencia de tu ama, pues que has sido tan fiel confidente de sus locuras; y asiéndola por los cabe-



llos, la puso el cordel por argolla al rededor del cuello. — ¡Cómo! les dice gritando, ¿es esta la fe que habeis prometido á mi ama? Pero esta palabra la pronunció ya en el aire, pues espiró como la desventurada Duquesa. Mas oid el golpe mas triste de esta trágica historia: los niños, que habian visto la atrocidad ejecutada con su madre y la doncella, movidos por la naturaleza, y sintiendo no sé qué presagio de su desgracia, se arrodillaron á los pies de aquellos verdugos inhumanos, abrazándoles las piernas, y gimiendo de tal suerte, que creo firmemente hubieran enternecido y movido á compasion á otros, por insensibles que fuesen; pero estos tigres sangui-

narios tenian un corazon de bronce, desnudo de toda humanidad. Las inocentes criaturas abrazaban las piernas de estos asesinos, inundándolas de lágrimas, y parecia adivinaban su muerte al mirar sus semblantes feroces y serenos; y por lo tanto es preciso confesar que la naturaleza tiene en sí y sobre nosotros pintado un indicio de adivinar en circunstancias la hora de la muerte; de manera, que hasta los animales conocen á veces su fin, aunque no vean el palo ni la cuchilla, procurando evitar con todos sus esfuerzos este cruel trance tan espantoso, en que van á separarse dos cosas tan unidas como son el espíritu y el cuerpo; pues vista la emocion que se sufre en



(114)

este fatal instante, demuestra la violencia que tiene la naturaleza en esta monstruosa separacion que produce una destruccion tan horrosa en todos los seres. Pero ¿quién podia ablandar á unos corazones empedernidos y decididos á cometer una crueldad, jurando arrancar la vida á otros por orden de personas que les ofrecian la impunidad de semejantes atentados? Los aragoneses querian esterminar enteramente el nombre y la raza de Bolonia, y por su espreso mandato aquellos ministros de iniquidad hicieron igual carnicería con los dos angelitos, aunque horrorizados y estremeciéndose al ejecutar una accion tan bárbara como detestable, quedando como estátuas frias

(115)

con el enorme peso de sus crímenes, y pareciéndoles oír los gritos de la humanidad pidiendo ya venganza contra los autores y ejecutores de tan inaudita y criminal accion.

Hé aqui hasta dónde se estien- de la crueldad del hombre que no apetece mas que venganza, y cuál es generalmente el fruto que produce una cólera desordenada, y el desenfrenado furor de aquellos que se dejan arrastrar de tan odiosa pasion. Dejemos á un lado la crueldad de Eucrates, hijo del rei de Bactrianos, y de Phraato, hijo del príncipe de los Partos; de Timon ateniense, y de un número infinito de aquellos que han sido soberanos en el imperio de Roma, y



(116)

pongamos en el rango de estos aragoneses á un Vitoldo, duque de Lituania, cuya crueldad obligaba á sus vasallos á quitarse la vida, por el temor que tenían de caer en sus manos sanguinarias; y confesemos que estos fueron mas bárbaros que Othon, conde de Montferrat y príncipe de Urbino, que cometió la crueldad de matar á un criado entre dos mantas embreadas é incendiadas, solo por no haberle despertado á la hora que le habia mandado; cuya atrocidad es semejante á la que cometió Manfredi, hijo de Enrique II emperador, ahogando á su padre, ya anciano, entre dos sábanas; pues estos al fin podian tener una ligera disculpa, al paso que los aragoneses no

(117)

tuvieron otro motivo que la bestial furia y placer de sacrificar á unas tiernas criaturas, sobrinos suyos, que no podian perjudicar al Duque de Malfi en la sucesion de su ducado, en atencion á haberse llevado la madre sus muebles y su dote; pero un mal corazon es preciso produzca obras semejantes á su malicia.—El desgraciado don Antonio Bolonia, mientras se cometian tales atrocidades con su familia, seguia en Milan con su hijo Federico, mui unido al señor Silvio Savelle, que tenia sitiado el castillo de Milan á nombre de Maximiliano Sforce, quien al fin le conquistó, y recobró por compasion á los franceses que estaban dentro; pero habiéndose concluido esta



comision, el general Savelle se fue con su campo á Crema, á donde Bolonia no se atrevió á seguirle, y se unió al Marques de Boronte; mas los aragoneses se manejaron sin embargo de tal suerte, que le fueron confiscados los bienes en Nápoles, y le fue preciso atenerse al dinero de la Duquesa para sostenerse en Milan. Muchos le advirtieron de la muerte de su esposa; pero no podia creerlo, cuando algunos falsos amigos, que temian se ausentase de Milan, le tenian engañado asegurándole no solo de la buena salud de su esposa, sino de estar mui contenta con la esperanza de ver pronto á su esposo en paz y buena inteligencia con sus hermanos, por haberse intere-

sado en ello todos los grandes que deseaban su vuelta al reino. Fascinado por estos falsos amigos de esta manera, vivió con esta esperanza mas de un año en Milan mui contento, estimado de todos los poderosos, frecuentando á los mas nobles de la ciudad, y concurrendo ellos á su casa; y sobre todo vivia bastante familiarmente en el trato con la señora doña Hipólita Bentiboglie, en cuya casa un dia despues de comer, cogiendo un laud, se puso á cantar unas coplas que habia compuesto sobre su desgracia, derramando copiosas lágrimas, y demostrando con sus suspiros la alteracion de su alma, en términos, que causaba compasion á todos los circunstantes, particularmente á uno



que aun no le conocia y sabia todo el complot de los aragoneses, que no cesaban de conspirar contra la vida del miserable Bolonia. Este se llamaba Delio, hombre sabio y de mucho ingenio, que habia escrito mucho en su lengua; y habiendo sabido que este caballero era el marido de la difunta Duquesa, se acercó á él, y llamándole aparte, le dijo: Caballero, sin embargo de que no haya yo tenido relaciones con vos, pues que esta es la primera vez que os he visto en mi vida; si es que la virtud tiene tal fuerza que hace apreciar á los hombres de bien de sus semejantes, uniendo de tal suerte sus voluntades desde el momento que se ven, que es imposible desunirlas, co-

nociendo y sabiendo quien sois, y las buenas cualidades que os asisten, quiero ofreceros mi cariño y servicio, pues siendo sabedor de lo que vos ignorais, sentiria mucho pasaros en silencio cosa alguna que pudiese originaros un perjuicio de consecuencia, por no saber oportunamente lo que pasa. Sabed, pues, que yo he estado hace poco tiempo con un napolitano que se halla en esta ciudad con un destacamento de caballería para quitaros la vida, y me ha dicho que por segunda mano os ha hecho advertir reservadamente no os presentéis donde pueda veros, para no comprometerle á ejecutar lo que se le ha mandado, lo cual seria un sentimiento cruel



(122)

que atormentaria su sensible corazón toda la vida; pero yo debo deciros aun mas, aunque con pena, y es, que efectivamente ha muerto la señora Duquesa violentamente en una prision con todos los que tenia en su compañía: por lo demas, tened por cierto que si dilatais ponerlos en salvo, ejecutarán otros lo que el capitán napolitano ha diferido: yo os lo advierto con tiempo, llevado del deseo de que no os suceda una desgracia semejante, y porque sentiria mucho que un hombre como vos fuese sacrificado tan miserablemente; pues me consideraria indigno de vivir, si sabiendo la conjuracion que hai contra vos, no os la participase para vuestro go-

(123)

bierno. — El señor Bolonia le contestó: pues, señor, yo os agradezco infinito vuestra fina voluntad; mas en cuanto á lo que me referís de la conspiracion de los aragoneses y de la muerte de la Duquesa, os han engañado; pues aun no hace dos dias que yo he recibido cartas de Nápoles diciéndome, que los señores hermanos y parientes de la Duquesa estan ya de otro semblante, y que bien pronto el fisco me volverá mis bienes y estados con la restitucion de mi querida esposa y de mis hijos. — ¡Ah caballero Bolonia! dice Delio: ¡qué engañado estais, y cómo tratan de alimentar vuestras esperanzas, para realizar el atentado que os he dicho!!! Estad seguro de que los



que os escriben, os venden con tal desvergüenza y malicia, que solo se dirige á consumir el complot de una traicion la mas horrosa y detestable que podeis imaginar.—Despues de haberle hablado de esta manera, le dejó y se marchó á una sociedad de literatos que estaban reunidos.—En efecto, los aragoneses, no satisfechos aun con los asesinatos de aquellos cuatro inocentes, deseaban concluir la tragedia con el último acto, en el que Bolonia debia perecer para ir á buscar á su muger y á sus hijos al otro mundo, y quedar libres de él. El napolitano que por orden de los aragoneses debia quitar la vida á su inocente conciudadano, se arrepintió lle-

no de horror al considerar que habia de cometer esta atrocidad; y dilatando la ejecucion de dia en dia, dió por último la comision á un Lombardo, que menos timorato que él, y arrastrado de la codicia, se obligó á dar muerte al pobre marido de la Duquesa por una suma considerable que habian prometido los aragoneses á dinero contante. Llamábase este matador lombardo Daniel de Bozole; y este nuevo Judas, asesino experimentado, y sin el menor sentimiento de honor, religion ni humanidad, averiguó donde podria encontrar á la víctima que debia inmolar; y habiéndole dicho que Bolonia salia todos los dias á las ocho á oír misa con su hijo en la iglesia de san



Francisco, se escondió, acompañado de algunos desalmados como él, cerca de la iglesia de Santiago, y allí los asaltó con tal viveza, que antes que los infelices pensasen en defenderse, ya estaban en la eternidad con sola una puñalada que les hizo dos el corazón; quedando impune este homicidio tan atroz, por haber tenido el asesino Bozole el tiempo necesario para ponerse en salvo, sin haberse podido hacer oportunamente las investigaciones que se previenen por las leyes en tales casos.

Hé aquí una atrocidad inaudita que hace estremecer y aflige á la humanidad, si se consideran las infinitas circunstancias que han concurrido al fin trágico de estos

desventurados, sin tener mas asilo que el del cielo, pues que le fueron negados en la tierra los fuertes apoyos de las leyes, en que debieron confiar la humanidad, el honor, la conciencia, la clase, la sangre, el cariño, la religion, la fraternidad, y últimamente la justicia y la inocencia, atributos todos despreciados y hollados por unos mónstruos en oprobio y vilipendio del género humano, en perjuicio de la santa Religion católica, y afliccion de la sociedad, á vista de un desenfreno tal de las pasiones humanas. Crueldad inaudita, y un acto que ofende á la pureza cristiana; pues estremece el ver sacrificar á sangre fria y despues de muchos años á un pobre hombre sin delito;



pues que ya era casado, y no se podía graduar su cariño de criminal.

Tal fin tuvo el desastrado enlace del caballero Bolonia, por haber salido de su rango y no haberse contentado con el honor que habia adquirido con sus hechos y su gloria. Por lo tanto no debemos remontar demasiado los vuelos para que no nos suceda lo que á Icaro, ni nos dejemos llevar de una brutal sensualidad, uno de los mayores defectos de nuestra naturaleza, que suele conducirnos á las mas desenfrenadas locuras.

Estos fueron los amores de una princesa poco cuerda, y de un caballero que olvidó su rango. Sirvan, pues, estos infelices amantes de espejo á los que son emprende-

dores en amor, á fin de que obren segun deben para mantener su tranquilidad y reputacion, y no sirvan de ejemplo con su ruina á la posteridad, como el desventurado don Antonio Bolonia, su esposa la Duquesa de Malfi y sus hijos.